

retórica; si logran sacar algún fruto, ya con ello quedamos pagados por el trabajo que nos ha costado el pergeñarlos.

PACÍFICO CORAL

Bogotá, 17 de noviembre de 1912

IDEALISMO Y POSITIVISMO

(A un admirador de Kant)

El señor Vigil, obispo de Oviedo, en su obra apolo-gética titulada *La Creación*, hace la siguiente observación que, desgraciadamente, no creyó oportuno dilucidar: "Estas dos escuelas (materialismo y positivismo) proceden del escepticismo de Kant y del criticismo hegeliano."

La escuela kantiana, llamada también idealista, parece completamente opuesta a la escuela que encabezó Augusto Comte, y que es conocida con el nombre de escuela positivista. Pero esta oposición es aparente, porque las dos escuelas se hermanan y confunden en su aplicación a las ciencias, produciendo en el estudio de éstas los mismos perniciosos resultados: las dos atacan, aunque con menos fiereza en la forma la kantiana, a la teología, a la metafísica y también a las mismas matemáticas, a pesar de haber colocado a estas últimas en su escala de las ciencias. Y no basta que Kant haya escrito su crítica de la razón pura, para que se le pueda justificar del grosero error positivista, al negar valor científico a la metafísica.

Para probar que el idealismo kantiano lleva al positivismo, expondremos la teoría de Kant sobre "el modo de encontrar la señal para distinguir con seguridad el conocimiento empírico, del conocimiento puro," teoría que se halla en su tratado sobre la razón pura; veremos que tal teoría es una verdad incompleta, y que, en lo que tiene de verdad, es una teoría meramente positivista.

Lo único que existe en la cosa percibida, según Kant, es lo que él llama la materia del conocimiento, el fenómeno, es decir, la parte accidental y determinada de la cosa: esta materia es como la cera blanda, dispuesta para recibir una impresión cualquiera. La parte general y necesaria del conocimiento, o sea la forma, como dice el mismo Kant, no existe en la cosa: la produce y la aplica nuestro *yó interior*: en él están las diversas formas, como diversos sellos que impresionan la materia del conocimiento y que por lo tanto la determinan su existencia y sus cualidades esenciales. Lo general, lo indeterminado, los principios metafísicos los elabora nuestro espíritu, independientemente de toda experiencia, y, por lo tanto, no obedecen a nada real. En dos palabras: la materia del conocimiento es objetiva; la forma es absolutamente subjetiva.

Esta afirmación es una verdad incompleta: es cierto que la materia del conocimiento es objetiva; no lo es que la forma sea subjetiva.

No entramos a demostrar la parte de verdad que la teoría kantiana trae consigo: lo creemos innecesario, puesto que la acepta tanto el escolasticismo como el positivismo; y porque no tratamos de refutar a J. T. Fichte, verdadero filósofo idealista, que, viendo la inconsecuencia de Kant, sostiene que tanto la materia como la forma del conocimiento, son meras producciones del Yo.

Veamos cuál es la parte falsa de la citada doctrina.

La doctrina en que asentó el filósofo racionalista su sistema sobre el conocimiento de la verdad y que lo llevó a la aceptación de las formas producidas y aplicadas por el sujeto, fue la siguiente: es imposible que lo universal y necesario se deriven de la experiencia. Error funesto, al par que lamentable inconsecuencia. Error funesto que hizo descender al filósofo alemán hasta igualar sus especulaciones con los grotescos delirios del loco, apóstol del moderno positivismo. Lamen-

table inconsecuencia que hizo perder en las nubes el talento del pensador Fichte.

Kant no quiso ver que el hecho empírico encierra en su aspecto individual y contingente, un aspecto universal y necesario. "Kant, dice el presbítero español Comellas, ha consignado lo que por la percepción observamos en los objetos ; pero no lo que la inteligencia descubre en los objetos observados."

No hemos comprendido cómo el fenómeno de la cosa se presta para que la inteligencia le aplique sus formas : porque cuantas veces hemos analizado la tesis y la antítesis, nos hemos encontrado en posesión de la materia y de la forma de la cosa que observamos ; hemos descubierto en ella el concepto de sér y el color con que se nos manifiesta : conceptos el uno necesario y universal, y el otro accidental y particular ; al ver en la cosa percibida el sér, notamos que allí, en la cosa, se agita el principio de contradicción, y aquellos conceptos y este principio no han sido sueños de nuestra fantasía, sino verdades obtenidas por la experiencia.

Kant, al querer explicar el paso del fenómeno a la inteligencia, ha incurrido en una grave inconsecuencia, por haber aceptado—inconscientemente—el poder que tiene la cosa en sí para obrar sobre la inteligencia ; es decir, acepta que allí, en la cosa en sí, existe el principio de causalidad, principio que en su sistema es producción del Yo, y en el de Hume el único principio que produce la inteligencia, independientemente de la experiencia. Por eso el dilema de Jacob : "La afección, o bien procede del fenómeno o de la cosa en sí : como que no puede provenir del fenómeno, pues éste es representación, la cual supone ya la afección, resulta que ha de provenir de la cosa en sí."

La inteligencia no produce la verdad ; y la afirmación contraria viene a estrellarse en estas consideraciones, que hacemos siguiendo a B. Suárez y a Klentgen.

En el entender dependemos de los sentidos y de la imaginación ; por eso vemos que el conocimiento inte-

lectual, por más puro y espiritual que sea, va acompañado de una representación imaginaria. En nuestro estado actual, el alma no puede dejar de afectarse por todas las conmociones del cuerpo ; las pasiones levantan tremendas tempestades en todo nuestro sér, y oscurecen, con lamentable frecuencia, clarísimos entendimientos y doblegan firmísimas voluntades. Y la locura, enfermedad proveniente de alteraciones en el sistema nervioso, afecta el entendimiento y la voluntad y hace de estas dos facultades dos máquinas, inconscientes e irresponsables.

Ahora bien : todos estos fenómenos nos prueban hasta la saciedad, el principio *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. Y este aforismo ¿ qué explicación tiene si aceptamos que la verdad es una mera aplicación y producción de nuestro Yo ? ¿Cuál viene a ser el objeto de esta admirable máquina que llamamos cuerpo humano ? ¿Cuál es el objeto de la imaginación ? ¿Por qué se mezcla a nuestras ideas algo de materia ? ¿Será, acaso, únicamente para demostrar a los hombres cuán necio es su orgullo y cuánta la imposibilidad de su entendimiento para llegar hasta el cielo y contemplar el sol de la verdad ; o más bien, esa dependencia de los sentidos es un apoyo en los trabajos de la tierra, y esa dependencia de la imaginación, el punto de partida para alcanzar el sosiego y el descanso que nos brinda el arte ? Es más racional y más consolador contestar afirmativamente a la segunda parte del dilema. Llena más el espíritu la aceptación de esta cuestión (que no tiene explicación dentro de la teoría de Kant) porque no deja incompleta la verdad de la metafísica, la producción artística y las eternas necesidades de la vida.

El citado presbítero Comellas tiene un párrafo en el que compendia todas las contradicciones del filósofo alemán. Dice así :

"Admite que la experiencia nos enseña que esta cosa es de esta o de aquella manera ; ¿y acaso esta verdad es más evidente que la existencia de la extensión

en los cuerpos? Ciertamente que no. Cuando declara que un objeto, no siendo *a posteriori*, ha de tomarse *a priori*, admite el principio de exclusión entre el sí y el no: principio que tampoco es más evidente que la existencia de la unidad, de la pluralidad, de la totalidad, etc."

Para nosotros, discípulos de la filosofía de Santo Tomás, el proceso para alcanzar la verdad es el siguiente: del hecho empírico se abstrae la parte general y necesaria del mismo; y luego, aplicando un principio metafísico, continuamos la deducción. Hay, en el sistema escolástico, una verdadera gradación en los tres momentos que forman la constitución objetiva de la ciencia; hay, sucesivamente, tesis, antítesis y síntesis; o como dice Comellas, siguiendo a San Buenaventura, el entendimiento en el entender, obedece una ley triádica. El sistema escolástico sostiene y demuestra que lo universal y lo necesario se derivan de la experiencia: que no hay necesidad de aceptar las formas que descubrió el filósofo alemán para explicar la existencia de la parte necesaria y universal del conocimiento; y que los principios generales son *a posteriori* y no *a priori*, como dice el mismo Kant.

Ricardo León tiene en su obra *La escuela de los sofistas*, una bellísima exposición del sistema escolástico sobre la constitución objetiva de la ciencia. Dice así:

"Pero ¿y no sabes que las verdades ideales son de necesidad lógica y que constituyen las leyes fundamentales de nuestra razón? Sin ellas no es posible pensar, y la razón se convierte en un absurdo. En todos nuestros conocimientos hay una parte ideal y otra real, o sea los principios intrínsecamente necesarios y los datos suministrados por los sentidos. Merced a los primeros, son posibles las ideas generales, fundamento de la ciencia; y gracias a los segundos, esa ciencia no es una estéril combinación de ideas, y tiene fecunda aplicación. Esta división de la verdad y, por lo tanto, de las ideas, está cimentada en el dualismo de nuestra natura-

leza, mitad materia y mitad espíritu. Estas dos sustancias tienen distintas necesidades en la vida y en la lógica. Y es preciso que recuerdes que los conocimientos puramente ideales, suponen, en cierto modo, la condición de la existencia de los objetos. Abstractar, generalizar, no es prescindir de la realidad, ni volverle las espaldas, como tú dices, sino investigar las leyes y concretar las fórmulas que rigen y contienen la realidad; de modo que, lejos de huir de la verdad de las cosas, es amarla con puro y encendido amor. Merced a esta virtud de caridad intelectual, llegamos al conocimiento de las verdades universales y necesarias, independientes de nuestra existencia, anteriores a nosotros, y que permanecerán inmutables después de nosotros, hasta arribar al término de toda filosofía y de todo pensamiento, hasta esa verdad absoluta y necesaria, donde tienen su fundamento las demás, fuente original y común de verdades."

Ni aun siquiera tiene la doctrina de Kant en su apoyo el argumento de la novedad, que es la gran fuerza a que obedecen las sociedades débiles y los individuos anémicos. Ya estaban refutados todos sus decires, cuando Santo Tomás contestó a la pregunta que él mismo se hiciera, sobre si el entendimiento es norma de la verdad. Más tarde los discípulos del Ángel de las Escuelas dilucidaron esta cuestión con admirable precisión.

Dios, dice Kant, es un postulado hipotético de la razón práctica. No le concede el honor de ser postulado de la razón pura: si así lo hubiera considerado, quizás, su teoría sobre Dios fuera más elevada, como más elevada la facultad que lo produce.

Dios y sus atributos, para Kant, son principios *a priori*, que produce nuestra voluntad, que esta es la facultad que en nuestro sistema representa la razón práctica kantiana. Esta afirmación destruye la teología: ¿que ciencia es ésta que ha de dilucidar una facultad más o menos ciega? Si el mismo objeto y fin de la vo-

luntad han de ventilarse a la luz de la razón ¿ cómo puede tratar en sí misma y con sus fuerzas solas, aquello de que no se dice que sea su objeto ni su fin? Y si es un postulado, y este postulado es su fin y su objeto (como lo es para nosotros, en cuanto Dios, es el sumo Bién), ¿ por qué hay ateos? ¿ Cómo puede refutarse a un ateo dentro del sistema kantiano? ¿ Por qué los mismos discípulos del filósofo alemán no se han podido vindicar de la negra mancha del ateísmo? El filósofo racionalista fue más lejos que la egolatría pagana: Dios no es ya el hombre, sino una mera producción hipotética de una facultad humana.

Las ciencias no están formadas de principios a priori: parten de los hechos empíricos hasta formar leyes generales y llevar a los principios inmediatamente evidentes; pero que no son a priori sino a posteriori, como lo indica su misma consecución, y desde el momento mismo en que los da la experiencia. Como Kant dice que si una cosa no es a posteriori, ha de tomarse a priori, resulta completamente tergiversado el concepto de ciencia, pues no admite que los principios generales sean a posteriori. Con esta afirmación se ataca a la ciencia metafísica, la ciencia de los primeros principios y de los principios generales.

Como se ve, la doctrina kantiana sobre la constitución objetiva de la ciencia, destruye las más elevadas y más verdaderas ciencias; y este, que es su punto de partida, es también el punto final de la escuela positivista. El kantianismo y el positivismo perfectamente hermanados en su aplicación de las ciencias. Un falso idealismo y un falso materialismo se compenetrán, se asocian para producir errores groseros y lamentables consecuencias; y extienden su reinado, el uno de sombra, el otro de lodo, sobre esas sociedades que se llaman prácticas, y que los malos patriotas presentan como modelos a nuestra sociedad, que afortunadamente hasta hasta ahora no ha querido renegar de sus ideales.

JOSÉ TOMÁS ESCALLON

Bogotá, mayo de 1914.